



Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Aufklärung. Término alemán: *Ilustración* (véase).

Programa de reflexión y actuación práctica, nacido en la Europa del siglo XVIII, con la finalidad de crear un ser humano nuevo en un mundo nuevo.

¿Es realmente una filosofía o es cierto lo que afirma M. Greiner: “la plurisignificación y la carencia de un claro significado del término Aufklärung que lo caracterizan desde el principio hasta la actualidad, facilitan, por un lado, su difusión pero dificultan, por otro, su definición exacta y la delimitación cronológica y objetiva del fenómeno que denomina” (1958, I, 117)? Las opiniones discrepan y todavía hoy no existe un acuerdo consensuado, aunque se tiende a cederle derecho de ciudadanía sobre todo en el ámbito de la filosofía.

Por lo demás, cabe preguntar incluso si alguna vez ha terminado realmente la Aufklärung, la Ilustración, o si acaso vivimos actualmente un nuevo brote de estas aspiraciones intelectuales; a lo mejor podría tratarse también de una cosmovisión supratemporal repetible y repetida. ¡Cuántas veces ya se ha propagado el propósito de crear un hombre nuevo en un mundo nuevo! Una prueba de la revitalización o tal vez de la sobrevivencia de las ideas ilustradas es que tres siglos más tarde muchos de los propósitos y consignas de la Aufklärung siguen vigentes. Es más, parece que hay claros indicios de una prolongación moderna, de una Post-ilustración o una Neo-Ilustración aunque esta etiqueta ya está ocupada por un movimiento de los años 20 del siglo pasado. También se ha puesto de moda la designación alemana “Zweite Aufklärung” (Segunda Ilustración) (N. Postman, 1999). No faltan indicios que permiten suponer que realmente se ha creado un hombre nuevo en un mundo nuevo, aunque esta renovación no corresponda íntegramente a los propósitos ilustrados. En el fondo, todas las épocas crean hombres nuevos, acaso sea más apropiado hablar de hombres distintos, o sea, hombres con circunstancias y convicciones si no totalmente nuevas, por lo menos diferentes. Intentaré apuntar junto con una breve caracterización de la corriente dieciochesca algunas

Aufklärung

repercusiones de esta “prolongación” en diversos puntos que me parecen representativos de la corriente en la época contemporánea. Es significativo que Tzvetan Todorov critica determinados aspectos de la Ilustración en un libro bastante reciente (*L'esprit des Lumières*, 2006) pero afirma, no sin cierta euforia, que “Les lumières sont la création la plus prestigieuse de l'Europe” y “ce sont les lumières qui sont à l'origine de l'Europe” (123-124). Es revelador que la razón y la libertad en una época de constante e insistente secularización como la nuestra tienden a convertirse en entidades supremas aunque actualmente este cambio de perspectiva ya no se manifieste poniendo mujeres en los altares de las Iglesias cristianas como alegorías de la razón, como ocurrió en la revolución francesa.

En cierta medida las reflexiones sobre la supratemporalidad de ciertas actitudes y corrientes culturales recuerdan la propuesta de Eugenio d'Ors que define lo clásico y lo barroco como constantes generales que se alternan a lo largo de la historia de la humanidad. Aunque d'Ors aplica la dicotomía clásico - barroco a las artes es perfectamente válida para corrientes ideológicas o culturales en general, (*Lo barroco*, (1914), 2002). Si el clasicismo es la postura conservadora, moderada y cautelosa y lo barroco la actitud progresiva, revolucionaria y afanosa, la Aufklärung es decididamente anticlásica y agresivamente barroca en el sentido de que su actitud general es antiautoritaria, antidogmática y hasta provocadora.

Según las palabras de I. Kant la “Ilustración es la salida del ser humano de su autoculpable minoría de edad” (1783). Por minoría de edad (Unmündigkeit) Kant entiende en este contexto la incapacidad de valerse de su entendimiento sin ayuda de otro; y esta incapacidad es autoculpable porque el hombre no se atreve a liberarse de imposiciones ajenas, no por falta de entendimiento sino por falta de decisión y valentía. La famosa exhortación es, por tanto, también una especie de juicio sobre el comportamiento equivocado de los hombres de la época y una invitación al *Sapere aude!*, ¡Atrévete a saber!, una divisa que Kant toma prestada de Horacio (*Epistula II*). Vista de cerca la caracterización kantiana realmente no es la definición de una filosofía sino antes bien un programa y una amonestación a sus congéneres con el fin de fomentar el cambio de la situación cultural e intelectual de la época.

Kurt Spang

Si se compara esta caracterización y exhortación con la postura de Adorno y Horkheimer en su *Dialéctica de la Ilustración* de 1947, colección de artículos en los que la caracterizan como un “Programa de desencantamiento del mundo”, se observa un llamativo cambio de perspectiva y enjuiciamiento. Por cierto, no ha quedado sin contestar la negatividad del juicio como demuestran numerosísimos comentarios y artículos. De todos modos, cuesta creer que los ilustrados hayan querido desencantar la realidad y a sus seguidores.

Hay que tener claro que la amonestación de Kant es solo una de las facetas del carácter antropocéntrico de la Ilustración, el postulado de confiar en sí mismo, de confiar en las fuerza y las capacidades propias y en la autodeterminación de los individuos, subraya también el afán decidido y la necesidad de autonomía del hombre. Este afán va unido a una actitud antitradicional y resueltamente antidogmática. Se crítica y rechaza toda autoridad impuesta, sobre todo la religiosa y, por consiguiente, no se tolera el concepto del estado como brazo secular de la Iglesia. Si se tiene en cuenta que ya no se consideraban aceptables y racionales las normas de convivencia y de política que hasta entonces suministraban principalmente la religión y la Iglesia, es lógico que dadas estas premisas se clame por una ética nueva, unas normas nuevas que rigieran el comportamiento personal y la coexistencia social. Este postulado implica y lleva consigo a la vez la necesidad y la aspiración de transformar la sociedad existente; nace el lema del hombre nuevo en un mundo nuevo.

Dos fenómenos llaman la atención al abordar el tema: la diversidad de marbetes que se confieren a esta época y, como factor unificador, la frecuencia de alusiones a la luz en estas designaciones. Las diversas designaciones del movimiento en los distintos idiomas europeos se relacionan con la luz: enlightenment, siècle des lumières o simplemente les lumières, seculo di luce siglo de las luces, etc.; hasta la denominación alemana Aufklärung significa literalmente esclarecimiento. El propósito palpable de esta metaforización es aludir a la pretensión de esclarecer la oscuridad que presuntamente precedía esta época, los siglos de barbarismo y oscuridad, característicos, según los ilustrados, ante todo de las estructuras y convicciones medievales. Hasta hoy no ha perdido atractivo denunciador la equivocada etiqueta “Edad Media oscura”. En

Aufklärung

la época ilustrada la denuncia se dirigía con especial virulencia contra Aristóteles, la escolástica, la religión y la Iglesia. Como resulta relativamente dificultoso descubrir oscuridad en Aristóteles o en Santo Tomás la imputación se dirigía presumiblemente contra una actitud y una forma de pensar que se denunciaron como autoritarias y dogmáticas; lo que llevó también a la acusación de dogmatismo de la Iglesia. Ciertamente no les falta razón si desde su perspectiva se consideran ciertas actitudes y comportamientos de las autoridades eclesiásticas pero se descubre también que, aferrándose a una visión única, demasiada luz puede llegar a deslumbrar.

Al lado de las etiquetas “luminosas” aparecen también variantes como *siècle philosophique*, *l'âge de la raison* que recuerdan la faceta y el empeño principal del movimiento: la estima y la veneración de la razón ante todas las herramientas de aproximación a la realidad.

Para familiarizarse con el movimiento de la Aufklärung se ofrece la posibilidad de buscar unos mínimos denominadores comunes, como el antropocentrismo que ya se mencionó, marcas caracterizadoras que abarcan también sus diversas ramificaciones. Muchos de los aspectos están estrechamente vinculados entre sí y, a pesar de todo, surge una dificultad de discernimiento por los numerosos ámbitos de pensamiento y actuación ilustrados, ámbitos que a su vez cambian de país en país. A pesar de todo, los mínimos denominadores pueden servir como paradigma de identificación de las diversas Ilustraciones nacionales pero, sobre todo, para caracterizar la actitud general de este movimiento cultural y espiritual que pretende dominar y regular todos los quehaceres de la humanidad.

El rasgo más destacado de la época es indudablemente el hecho de que los ilustrados atribuyen una importancia e influencia poderosas e ilimitadas a la razón. Ciertamente no inauguraron el uso de la razón; lo que distingue su actitud en comparación con pensadores anteriores y posteriores es la total e incondicional entrega a esa capacidad humana teniendo en cuenta además otro rasgo predominante de la época, a saber, el afán desbordante de libertad. Conciben el concepto como despliegue ilimitado y rechazo de toda restricción que pudiera interponerse a la exploración y experimentación sin

Kurt Spang

impedimentos, sin imposiciones ajenas. Solo teniendo a la vista estos dos factores se entiende el empeño ilustrado de solucionar todos los problemas y dominar todas las tareas del hombre a través de la actividad de la razón y la libertad las cuales se elevan a instancias privilegiadas de conocimiento, sistematización y normativización de la realidad y la convivencia.

Sin embargo, este factor común no puede hacer olvidar las distintas variantes que adquirió la Ilustración en los diversos países en los que se implantó e incluso dentro del mismo país y en las diversas etapas que atravesó. Además, se descubren unas lagunas de graves consecuencias, porque contemplando la actitud racionalista ilustrada, se revela primero que la creencia en el poder ilimitado de la razón y el sueño de ser capaz de saberlo todo son harto optimistas. No se puede menoscabar y marginar impunemente el misterio, todo lo inalcanzable para el entendimiento humano y lo que todavía le permanece velado. Se echa de menos el respeto a lo misterioso y lo encubierto que reclamó luego Heidegger en *Gelassenheit*, (1955, 2008) (*Serenidad*, 1998). El pensamiento que margina el arcano y el misterio ignora y suprime una parte significativa de la realidad. En la Neo-Ilustración actual la veneración incondicional y hasta beligerante de la libertad se manifiesta tal vez aún más insistentemente que en el s. XVIII mientras que con frecuencia se tiende a sacrificar solícitamente la razón absoluta al relativismo.

El racionalismo radical tal como lo predicaba, por ejemplo, Voltaire desemboca casi forzosamente en el materialismo y el ateísmo. Basta pensar en las teorías del barón de Holbach, alemán afincado en Francia, que además de colaborar en la famosa *Encyclopédie raisonnée*, editada por Diderot y d'Alembert, defiende en su libro más famoso, *Sistema de la naturaleza* (1770), un materialismo a ultranza; la paradoja es que además de negar la existencia de Dios lleva consecuentemente a un determinismo que excluye toda libertad la cual, según él, es mera ilusión; la naturaleza no es más que una sucesión ininterrumpida de causas y efectos. D'Holbach es un claro ejemplo de que no todos los ilustrados defienden las mismas ideas; entre valedores de la libertad puede haber negadores convencidos, entre defensores de la religión y la fe puede haber ateos militantes. No todas las concepciones ilustradas de la naturaleza y de lo natural son tan radicalmente materialistas. Pronto

Aufklärung

aflora la convicción de que la naturaleza no es solamente lo material y lo que se percibe con los sentidos como declaran los sensualistas; incluso haciendo caso omiso de lo sobrenatural se descubrieron fenómenos naturales cuya existencia no encuentra explicación satisfactoria con las tesis materialistas: los sentimientos, las emociones, las intuiciones, la imaginación no son palpables y, sin embargo, reales e innegables.

El racionalismo y el materialismo contribuyen a que surja una confianza ilimitada en las ciencias, basadas en la presunta superioridad del experimento y la observación. Las ciencias se transforman en instituciones cuyo veredicto es intocable. Siguen siéndolo hasta hoy, en particular si se trata de dictámenes de la neurobiología. Se respira la cercanía y la frialdad del empirismo y del sensualismo que rehúyen y rechazan todo sentimiento y todo afecto, toda conmoción del “corazón”. Es difícil de entender la suposición materialista de que hasta las emociones y los sentimientos responden a estímulos materiales. Ya hacia finales del s. XVII Pascal llamaba la atención a los negadores de los afectos señalando que “El corazón tiene sus razones que la razón no conoce” (*Pensées*, 1670).

La teoría del conocimiento del empirismo y de todo científicismo es, por así decir, “presencialista” en el sentido de que en su labor solo admite la observación y el descubrimiento actuales y rechaza la tradición y las adquisiciones e interpretaciones del pasado. En la permanente “querrela de los antiguos y los modernos” la Ilustración está siempre del lado de los modernos. Por otro lado, el científicismo, tanto el de la Aufklärung como el actual, llevan además una fuerte impronta futurista. El menosprecio de las épocas y del pensamiento anteriores ya se observa en los orígenes del movimiento, están motivados precisamente por el deseo de crear un hombre nuevo. El desinterés por la tradición y por la historia se observa también en la actualidad hasta el punto de que en determinados países como p. ej. Alemania, para salvaguardar la memoria del pasado y educar a desviar la mirada de la exclusiva visión del futuro, se ha creado la disciplina universitaria de ‘cultura del recuerdo’, con el fin de despertar y fomentar el interés por

Kurt Spang

el pasado lejano y cercano y salvar y revalorizar las raíces culturales y existenciales de los alemanes.

Una temprana reacción contra la desestima de la historia y el descuido de aspectos temporales de las matemáticas y las ciencias naturales se observa en una concepción innovadora de la historia que anima el *Dictionnaire historique et critique*, de Pierre Bayle publicado entre 1695 y 1697; una colección de diversos artículos alrededor de nombres propios históricos o geográficos. Como lo revela ya la palabra “crítico” en el título, concibe la historia no como acumulación indiscriminada de datos históricos; para Bayle, heredero de Descartes, es imprescindible analizarlos críticamente. Por su diccionario Bayle es considerado uno de los padres del enciclopedismo y de la Aufklärung en general. Sus experiencias como hugonote exiliado llevan a Bayle a abogar también por la separación de confesión y estado y por la tolerancia en cuestiones confesionales que habrá de ser una de las características típicas del movimiento.

Como verdadero fundador de una filosofía de la historia ilustrada se considera Voltaire; su proyecto queda manifiesto en su *Philosophie de l'histoire* de 1769; reivindica un puesto exclusivo de la filosofía a la hora de estudiar la historia; postula la independización de la religión y la teología y la aplicación de principios filosóficos a los hechos históricos, un proceder insólito a la sazón. Opina que la historiografía no debe perderse en detalles factuales, pues su objetivo es el suministro de una idea general de las diversas naciones. Frente al ateísmo militante de Voltaire la concepción de la historia que propone J.G. Herder ya anuncia un giro en el pensamiento de la Aufklärung. En su ensayo *También una filosofía de la historia para la educación de la humanidad* de 1774 y en sus *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad* (1784) postula que la historia no se debe considerar simplemente como “campo de batalla de pasiones absurdas, fuerzas salvajes y artes destructivas”. El título del primer ensayo es emblemático para la época por su enfoque universalista y didáctico del tema. Herder se convierte con esta obra en defensor de la utilidad de la historiografía que combate el pesimismo y el escepticismo reinante; concibe la historia como constante progreso hacia la perfección e insiste —afirmación insólita en la época— en el hecho de que para el historiador debe existir un “plan divino para la

Aufklärung

totalidad” y por tanto, una orientación en el laberinto de la historia que confiere a las consideraciones históricas una perspectiva nueva. El plan divino crea una unidad que permite la averiguación de criterios de enjuiciamiento y valoración. Estos criterios constituyen la condición de la posibilidad de la armonía y perfección a la que, según él, aspira la historia; su objetivo va más allá de un simple equilibrio inestable de los poderes que solamente traería consigo un estado de permanente incertidumbre.

Es difícil no darse cuenta de que debajo del entusiasmo pedagógico se esconde, como se adelantó, una especie de aprensión a lo tradicional y un rechazo de toda imposición externa; un rechazo abanderado por una férrea voluntad crítica que prevalece en todas las actividades de la Aufklärung. Si se declaran inválidos los descubrimientos anteriores, las experiencias precedentes y los conocimientos en vigor, casi obligatoriamente se produce un vacío que alimenta la desconfianza y empuja a criticar lo existente y a redescubrir nueva y distintamente la realidad. Ya no se trata de confiar ciegamente en la voz de las autoridades, de ir “ad fontes” como postularon los pensadores renacentistas, sino de ir a las raíces impolutas de los fenómenos mismos, sin intervención de ninguna institución que no sea la razón, la libertad y la investigación científica; cuentan las cosas como son. Una ojeada a los títulos de algunos estudios de la época resulta significativa; pululan las alusiones a la crítica, la ciencia y los sistemas: J. Dennis, *The Grounds of Criticism* (1704), A. Pope, *An Essay on Criticism* (1721), el Abad de Condillac, *Traité des systèmes* (1749), G. Vico, *La Scienza nuova* (1725) y, sobre todo, las célebres “críticas” de I. Kant: *Crítica de la razón pura* (1781, 1787), *Crítica de la razón práctica* (1788), *Crítica del juicio* (1790). La lista de las obras que ya en su título anuncian la intención crítica o son críticas en su elaboración se podría alargar a discreción. El abad DuBos publica en 1719 sus especulaciones sobre el arte en *Réflexions critiques sur la poésie et la peinture*, las publicaciones de dos estudiosos de habla alemana son igualmente reveladoras por su título, la del alemán J.Ch. Gottsched, *Critische Dichtkunst vor die Deutschen* (1729) y la del suizo J.J. Breitinger, *Critische Dichtkunst* de 1740, así como la del alemán J.J. Bodmer, *Critische Abhandlung von dem*

Kurt Spang

Wunderbaren in der Poesie (Tratado crítico de lo maravilloso en la literatura), también de 1740, del que hablaremos más tarde.

El afán de propagar la actitud crítica y el nuevo saber se manifiesta igualmente en una de las empresas más ambiciosas de difusión de conocimientos de la época: la elaboración de *L'Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers* publicado entre 1751 y 1772 por los enciclopedistas Diderot y d'Alembert, ayudados por una pléyade de colaboradores expertos de las más diversas ramas del saber y del hacer. La enciclopedia se concibe como una innovadora exploración de la realidad inspirada por el afán de mostrar "las cosas como son", averiguadas y exploradas con criterios racionales, es decir, "raisonnés" y desconfiando de las informaciones y conocimientos adquiridos. La pregunta es si el mero orden alfabético era realmente la sistematización satisfactoria a la que aspiraban los ilustrados. En el enciclopedismo arranca la todavía vigente y probablemente imprescindible tradición de las enciclopedias impresas o digitales cuya utilidad reside en la rápida obtención de informaciones puntuales. No obstante, sigue también vigente hoy la problemática de la fragmentación y atomización del saber a la que llevan su conversión en mera acumulación inconexa de informaciones, "wikipedización" si se permite el neologismo informático; circunstancias que ponen de manifiesto la frecuente confusión que sugiere equivocadamente que informar es educar.

La fundación de los grandes museos y bibliotecas europeos responde al mismo afán de abarcar el máximo posible de obras y objetos en un mismo lugar, aunque el auténtico destino de las diversas piezas, sobre todo si se trata de obras de arte, no era ni es actualmente esta acumulación alienante. Ahora bien, hay que conceder también que muchos de los objetos expuestos no podrían ser vistos ni entonces ni hoy si no estuvieran reunidos en los museos. Baste mencionar aquí los museos nacionales de algunas capitales europeas; algunos con una historia accidentada, otros reúnen objetos de exposición anteriormente dispersos en lugares diseminados: el British Museum fundado en 1753 en Londres, el Louvre, abierto después de muchos avatares en 1793 en París; algunos se fundan más tarde, en el s. XIX, como el Museo del Prado que empieza a funcionar en 1819 con una arquitectura deliberadamente

Aufklärung

neoclásica y finalmente la agitada historia de la Berliner Museumsinsel, la isla de los museos, que se inicia en 1822. La Biblioteca Nacional de Madrid se funda en 1712. La Bibliothèque Nationale de France se abre en 1792. El museísmo se celebra todavía hoy como conquista de la humanidad y ofrece evidentemente enormes posibilidades de ilustración; nadie quisiera renunciar a ellos. Los jardines zoológicos también ofrecen un lejano reflejo de la ambición enciclopedista, para unos ofrecen un panorama primordialmente triste por “exponer” seres vivos arrancados de su entorno natural por muy similares que se construyan sus hábitats. Para otros, es lugar y oportunidad para el estudio de los animales.

El afán de descubrir y poseer informaciones y materiales, hasta de ocupar territorios, se manifiesta igualmente en los numerosos viajes de exploradores ilustrados como Louis Antoine Bougainville, James Cook, Alexander von Humboldt; actividades que entre los literatos originan una floreciente literatura de viajes reales o ficticios. La primera novela que evoca un viaje ficticio y se convirtió inmediatamente en best seller es *Robinson Crusoe* de Daniel Defoe publicada en 1719 con el título *The Life and Strange Surprizing Adventures of Robinson Crusoe of York, Mariner*; seguido, como era costumbre en los títulos de la época, de un explícito resumen del contenido. La vida en una isla salvaje con no más recursos de los que ofrece la naturaleza es como un anuncio temprano del “retorno a la naturaleza” pregonado por Rousseau. Uno de los más famosos libros de viaje es probablemente *Los viajes de Gulliver* de Jonathan Swift, publicado por primera vez en 1726. Erróneamente se considera hasta la actualidad como literatura infantil mientras que en realidad es una sátira de la estrechez mental de los hombres y la relatividad de sus juicios y criterios, lo que implica en el fondo una crítica de la fe ilimitada en la razón de los ilustrados.

Prueba del afán investigador y didáctico de la Aufklärung es también la fundación de una serie de academias que siguen funcionando hasta la actualidad como *L'Académie Française* y la *Royal Society of London for Improving Natural Knowledge*, precursoras fundadas en 1635 y en 1660 respectivamente o la *Real Academia de la Lengua*

Kurt Spang

(1713), la *Real Academia de la Historia* (1738), la Academia del buen gusto (1751) por citar solo algunas corporaciones destacadas. El afán didáctico y sobre todo divulgador se observa acaso con todavía más claridad en la publicación de numerosas revistas eruditas, culturales y literarias. Las *Acta eruditorum* son una de las más veteranas y longevas; se publicaron en Alemania 117 volúmenes desde 1682 hasta 1782. Ahí están también el más efímero *Spectator* inglés de 1721 a 1726 y el *Journal de Trévoux* de los Jesuitas de 1701 a 1767. No todas tienen un aliento tan persistente; dos revistas españolas dedicadas a la literatura: el *Diario de los literatos* dura de 1737 a 1742 y la *Gazeta literaria* se mantiene solo un año, de 1761 a 1762. Un caso aparte constituye la *Correspondance littéraire, philosophique et critique* de Friedrich Melchior Grimm, un alemán afincado en Francia. Esta correspondencia se muestra más polifacética y longeva (1753-1790). Una particularidad significativa es el hecho de que esta correspondencia-revista no se imprimió, en primer lugar por razones de censura, se distribuía manuscrita y era destinada a un público muy selecto en las cortes de los principados europeos.

El deseo de crear un “hombre nuevo” implica la reflexión sobre la educación tanto en obras filosóficas como literarias de la Aufklärung. Ya en 1693, J. Locke había plasmado un proyecto ilustrado sobre la educación en su tratado *Some thoughts concerning education*, considerado durante muchos años como el más notable sobre la educación. Parte de la idea lanzada en su *An Essay on human understanding* de 1690 en el que sostiene que la mente del recién nacido no conoce ideas innatas como lo había afirmado Descartes. Según Locke, las ideas se aprenden por experiencia y observación de los hechos externos, de sí mismo y luego se elaboran porque el hombre está dotado de inteligencia. Con esta perspectiva surge el concepto de “entornalismo” como noción educativa en la cual se juntan e interrelacionan la experiencia con la inteligencia o, dicho de otra forma, el concepto empirista y por ello se acentúa la eficacia de la percepción sensual, a la par que admite la existencia de intereses y talentos en los individuos capacitándolos a llevar a cabo asociaciones de ideas. Resultan muy actuales las propuestas curriculares de Locke por considerar inútiles el aprendizaje del latín y el estudio del arte y la literatura, o sea, las disciplinas humanistas. Considera más

Aufklärung

recomendable el estudio de las ciencias y las prácticas profesionales. En ello parece precursor de las propuestas pedagógicas de la actualidad en las que todo lo que no sea aplicable y aprovechable en la práctica profesional utilitaria se considera lastre superfluo. Una actitud que trunca la maduración cultural del alumno, entre otras cosas por privilegiar indebidamente la mirada hacia el futuro e impedir la contemplación del pasado, hacia la tradición y el patrimonio cultural. Se confirma una vez más la ceguera ilustrada ante la historia y la exclusividad de la perspectiva del futuro.

Merece ser mencionado, ya por su título tan típicamente ilustrado, el libro de J.B Basedow, *Methodenbuch der Väter und Mütter, der Familie und Völker*, (Libro de métodos de los padres y las madres, de las familias y los pueblos), publicado en 1770, que contiene todo un programa educativo con un público objetivo amplio. Basedow se suele caracterizar como pedagogo filantropista lo que implica la independización de la formación de la escuela, la religión y la nacionalidad. En segundo lugar, Basedow insiste en la enseñanza práctica, el deporte, las lenguas modernas y la música y, finalmente, preconiza un método de enseñanza intuitivo que estimula al alumno y reduce al mínimo la necesidad de castigos. Basedow propugna una “religión natural” con una mezcla particular de deísmo y fe revelada cuyos criterios se basan en la “razón sana” con la mirada puesta en la naturaleza y los impulsos de la conciencia. Por tanto, naturaleza significa aquí ya la inclusión de emociones y sentimientos; la razón deja de ser referencia única. Suena muy moderna y hasta actual la recomendación de Basedow de que el niño debe alcanzar edad adulta antes de poder enjuiciar el valor de la religión y tomar las decisiones pertinentes.

Con estas premisas se anuncia ya la religiosidad de índole romántica predicada por F. Schleiermacher, el padre de la hermenéutica. Es una religiosidad altamente individualizada y centrada en la emoción, el sentimiento y no en la razón, en lo que designa él como el “sentimiento de la absoluta dependencia” de Dios en su obra teológica *Compendio de la fe cristiana expuesta según los principios de la Iglesia*

evangélica de 1821. Los propugnadores del iluminismo y del pietismo como corrientes religiosas afines a la Aufklärung se oponen a la fría racionalidad de la “religión natural” ilustrada y admiten o incluso fomentan las experiencias sobrenaturales de la gracia. Se proponen iluminar el mundo y de quitar el miedo de los hombres liberándolo de la magia y de las supersticiones. El pietismo se entiende como reconsideración de los aspectos esenciales de la reforma protestante. El sujeto pío se convierte en centro de sus afanes.

Seguramente es un denominador común de todas las Ilustraciones su actitud filantrópica, proselitista y, sobre todo, como vimos, el afán didáctico. Estos proyectos van unidos a un optimismo y una fe ciega en la posibilidad de poder crear un hombre nuevo junto con la confianza en el progreso moral, técnico y científico, confianza que en gran parte perdura también hasta la actualidad. Los ilustrados —y no solamente ellos— están convencidos de que educando a la gente las cosas cambiarán y, por tanto, el hombre es perfectible. Es la premisa fundamental para la tarea que se proponen los ilustrados y sigue siéndolo para toda educación en todos los tiempos. Hasta hoy no carece de atractivo la idea y el propósito, no cabe duda de que el progreso de la humanidad es en primer lugar un asunto de educación; el problema es la elección de los contenidos y los objetivos que deberían orientarla. La meta que se proponen los ilustrados más característicos es la enseñanza de una moral natural entendiendo por natural una concepción del hombre autodeterminado como ser independiente y autónomo, desligado de eventuales orígenes sobrenaturales, de preceptos y normas dictadas por instituciones y autoridades ajenas, sobre todo religiosas. La pregunta es si esto es suficiente.

Entre las aspiraciones didácticas ilustradas debe mencionarse la propuesta del filósofo alemán Alexander Gottlieb Baumgarten, que se considera fundador de la estética como disciplina filosófica independiente en Alemania. El primer volumen de su *Aesthetica* se publicada en 1750 y el segundo volumen en 1758. Para él la estética es una forma de acceso cognitivo a la realidad análoga y complementaria a las posibilidades que ofrece la razón. En este caso los conocimientos se adquieren a través de los sentidos a los que se atribuye una capacidad de juicio, el gusto. El concepto del gusta ha de jugar un papel significativo

Aufklärung

a partir de este cambio de perspectiva. Trae consigo una revalorización de la literatura que se convierte en medio de transmitir conocimientos de modo sensitivo.

Este descubrimiento contagió también a los literatos que adaptan sus creaciones al ideario, las exigencias y las intensiones pedagógicas de la Ilustración. La tradición se inicia con publicaciones como, por ejemplo, *Las aventuras de Telémaco* (1699/1717) del arzobispo F. Fénelon y más tarde el *Emilio* de J.J. Rousseau (1762) que se elabora en forma novelada pero en realidad es un tratado filosófico sobre el “hombre natural”, naturalmente bueno y solo corrompido por las maléficas influencias de la civilización. Como el niño es capaz de conocer el bien racionalmente no hace falta que instituciones externas le prescriban normas de comportamiento. El eterno conflicto entre “natura” y “cultura” y la necesaria y pertinente combinación de las dos se manifiesta también en esta ejemplificación que parte de la premisa de que la naturaleza es naturalmente buena y toda influencia cultural prematura es nociva. La llamada educación antiautoritaria de los años 60 y 70 intentó demostrarlo y practicarlo nuevamente y fracasó tantocomo la actitud anticivilizatoria de Rousseau. El hombre nuevo natural era una utopía en la Aufklärung como lo fue en el 68.

No se puede hablar de una teoría literaria específicamente ilustrada, sobre todo si se quiere abarcar la literatura de todos los países afectados. La adaptación a perspectivas ilustradas se manifiesta tal vez más llamativamente en el planteamiento de los objetivos y en la creación de nuevos géneros literarios y en la revitalización de géneros antiguos con destacado afán político y reformador: la sátira, la fábula, el panfleto, el poema didáctico, la novela corta, la novela epistolar y también la comedia nueva con temática conformada a las circunstancias del mundo burgués; porque la burguesía constituye el estamento emergente más relevante de la época. Baste aquí la mención de algunos representantes significativos como Diderot, Voltaire, Marivaux, Beaumarchais en Francia, Richardson, Swift y Sterne en Inglaterra, Lessing, Klopstock, Wieland, Schiller y Goethe en Alemania, Moratín, Feijoo, Samaniego y Jovellanos en España. Nace en Alemania la llamada

Kurt Spang

tragedia burguesa (bürgerliches Trauerspiel) en la que se plasma la exigencia de revolucionar las relaciones entre la aristocracia y la creciente burguesía. La novela de aprendizaje (Bildungsroman), es acaso el género más genuinamente ilustrado, por tematizar explícitamente la educación. En 1795 se publica una de las novelas de aprendizaje más famosas en Alemania con impacto en la literatura europea, *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister* de J.W. von Goethe.

Para el ámbito de la literatura de habla alemana M. Greiner (1958, 120s.) propone una tripartición de la evolución de la literatura alemana; las tres fases están sometidas a los requerimientos de la razón. Uno de los representantes teorizantes más destacados de la primera fase es Gottsched con su *Critische Dichtkunst* (Arte poética crítica) de 1729. Es conservador y admirador del Clasicismo francés. Propone a los autores seguir el ejemplo de Racine y Corneille y una preceptiva estricta de normas y reglas. En la querrela alemana de los antiguos y los modernos Gottsched se situaría claramente del lado de los antiguos. La segunda fase destaca por preocupaciones morales y la acentuación de la sensibilidad. El teórico suizo J.J. Breitinger se convierte en precursor e inspirador del cambio. Anuncia en su *Critische Dichtkunst* (Arte poética crítica) de 1740 el abandono del precepto de la imitación de la naturaleza a favor de la imaginación creativa con lo cual se vislumbra ya el posterior culto al genio del Romanticismo. La coincidencia con el título de la obra de Gottsched no parece ser mera casualidad. Bodmer, por su parte, formula sus convicciones literarias en la *Critische Abhandlung von dem Wunderbaren in der Poesie* (Tratado crítico de lo maravilloso en la literatura) también de 1740. El título ya es un programa, es un escrito “crítico”, por tanto, independiente y antidogmático, es decir, ilustrado. Lo innovador es la admisión de lo maravilloso en la literatura. Junto con su compatriota Breitinger se opone abiertamente a las ideas de Gottsched, y en la querrela ocuparían el lado de los modernos. C.F. Gellert (1715-1769) se considera uno de los representantes más destacados de esta segunda fase también por su inclinación hacia temas religiosos y la sensibilidad del pietismo. Algunos de sus himnos se cantan hasta hoy en las iglesias alemanas. La tercera fase de la literatura de la Aufklärung alemana refleja más claramente la independización de la cultura burguesa de la monárquica absolutista. Las tres figuras pioneras de esta fase son F.G. Klopstock (1724-1803),

Aufklärung

C.M. Wieland (1733-1813) y G.E. Lessing (1729-1781); representan la culminación de la Aufklärung y a la vez su superación.

No es solamente el hecho un tanto periférico del afán pedagógico de los literatos el que justifica la pregunta hasta qué punto el propósito didáctico de la Ilustración en gran parte permaneció solo teoría y deseo utópico. ¿Qué pensar, por ejemplo, del hecho de que hacia finales del siglo XVIII más del 80% de la población de las principales naciones europeas todavía seguía analfabeta? ¿Cuántos lectores habrán tenido las obras afanosas de cambiar el espíritu del tiempo si no había más que una parte reducidísima que sabía leerlas? ¿Qué modificaciones en el pensamiento y comportamiento de la gente habrán podido provocar? A este propósito no son raras las observaciones críticas que acusan a los soberanos absolutistas de que les gustaba presumir de ilustrados pero que tenían poco interés en que sus súbditos fuesen más educados y adquiriesen más capacidades críticas. Pero a pesar de estas justificadas restricciones, no se deben olvidar las notables mejoras conseguidas en el ámbito de la higiene general, la fundación de hospitales, la mejora de la infraestructura y las reformas comerciales iniciadas por los monarcas ilustrados.

Por lo que se ve, la Aufklärung no es un movimiento fundamentalmente aristocrático o elitista, sin embargo, no deja de ser minoritario, y no es de extrañar porque, en primer lugar eran pocos y alcanzaban a pocos y, en segundo, el cambio del Zeitgeist, sobre todo si las aspiraciones y exigencias son tan radicales como lo proyectaron los ilustrados, nunca se realiza de un día a otro, ni con el afán didáctico desbordante que manifiestan. A pesar del impulsivo espíritu de crítica, de la postulación de tolerancia y la lucha contra las tradiciones y los prejuicios, un cambio de las convicciones con alcance general es lento e ímprobo tanto en el siglo XVIII como hoy. Sin embargo, no se puede negar que la Aufklärung haya dejado huellas que todavía hoy, o quizá precisamente hoy, se observan en las convicciones y el comportamiento de los hombres del s. XXI. Tal vez este “retraso” es incluso una prueba de que estos cambios de la forma de pensar y actuar son lentos y paulatinos.

Kurt Spang

Por la estrecha relación con el afán didáctico debe mencionarse como denominador común el entusiasmo universalista de los ilustrados que se refleja en varios ámbitos del pensamiento. En medio de particularismos y la estrechez de miras políticas, la aspiración a abarcar la humanidad entera con sus ideas y programas, de mejorar al hombre y el mundo tiene algo de admirable, aunque luego el enardecimiento inicial se fuera apagando por la inevitable inercia con la que suelen tropezar todos los desfacedores de agravios y entuertos. El universalismo ilustrado —Kant lo llamará cosmopolitismo— se inició con un nuevo enfoque de la historiografía, como se observa paradigmáticamente en Bayle y Voltaire; con ellos nace el entonces utópico concepto de una historia universal y también de la validez universal de las investigaciones y las formulaciones ilustradas. Se había iniciado esta perspectiva más generalizada primero con las historias de toda una nación como la *History of England* (1754-1761) de D. Hume o la *Historia crítica de España y de la cultura española* de Masdeu (1784). Pone una nota particular J.G. Herder con su escrito “Auch eine Philosophie der Geschichte zur Bildung der Menschheit” (También una filosofía de la historia para la educación de la humanidad) de 1774. El título no puede ser más típico de la Aufklärung porque apunta a una historia universal ideada además con el fin de educar la humanidad. Sin embargo, Herder reclama que no es suficiente juzgar y medir las épocas del pasado con criterios puramente racionales, cada época y cada historia nacional tiene su espíritu propio que debe respetarse al enjuiciarlas. Y sobre todo sorprende por una exigencia completamente asombrosa en una época de veneración de la razón, a saber, que no es suficiente la mera razón para entender la historia, hay que adentrarse en ella y sentir con ella. He aquí el inicio de una nueva faceta de la Ilustración que en Alemania se designará como “Empfindsamkeit”, sensibilidad que desembocará en la faceta destacada del sentimentalismo en el Romanticismo. Es una corriente que subraya la necesidad de tener en cuenta también los sentimientos y afectos como constituyentes de la naturaleza humana, el retorno a la verdadera naturaleza del hombre, un “retour à la nature” como lo predicara con otras premisas J.J. Rousseau y que repercutirá hasta en los movimientos ecológicos de la actualidad; todo lo natural se considera mejor y más apetecible y debe defenderse a rajatabla.

Aufklärung

El universalismo de los ilustrados se extiende igualmente a la economía y en él se advierte la afinidad con las tendencias de globalización que estamos viviendo en la actualidad; con la diferencia de que los ilustrados no actuaron con intenciones mercantiles y afán de lucro. Ahora bien, el interés por asuntos económicos en el nivel teórico se vislumbra en tempranas publicaciones ilustradas como el libro de F. Quesnay: *Tableau économique*, de 1758, que presenta un estudio del funcionamiento de la economía a través de lo que él designa como “ciclo económico”, basado en un sistema denominado fisiocracia: libre comercio, precios libres, un sistema capitalista de alquileres y arrendamientos y el flujo de capitales entre los tres estamentos de la época. Salta a la vista su afinidad con las ideas del economista ilustrado escocés, Adam Smith, que sostiene en su famoso libro *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776) que la ley más significativa de la economía es la libertad de todos los implicados. Se le atribuye la paternidad de un liberalismo que no deja de despertar serias dudas a algunos estudiosos de la economía y de la ética actuales por su insaciable afán de lucro. Presumiblemente le interesaría y sorprendería a Smith contemplar el panorama de la economía actual que no sin motivo se suele caracterizar peyorativamente como neoliberal y cuyo objetivo y comportamiento es el de un mercantilismo radical. La economía ya no se realiza principalmente a través del intercambio de mercancías y servicios, sino que la faceta más liberal de la adquisición de “riqueza de las naciones” procede del tráfico con valores financieros y ficticios. Ya no se trata fundamentalmente del aumento de la riqueza de las naciones; el negocio neoliberal se ha vuelto oligárquico.

Visto desde la distancia surge la impresión de que los pensadores ilustrados eran unos optimistas empedernidos, convencidos de la posibilidad de poder realizar sin obstáculos sus ambiciosos proyectos. A veces parece que ignorasen los intereses ajenos, las idiosincrasias y disconformidades, como si no existieran y no pudieran surgir fundamentalismos y separatismos, los peores enemigos del universalismo. La mención de la humanidad o del género humano en numerosos títulos de tratados ilustrados es una muestra de esta actitud un tanto ingenua desde la perspectiva actual. En aquel entonces como

Kurt Spang

hoy la paz y el bienestar fracasan por la incapacidad o la denegación de los implicados de ponerse de acuerdo sobre los aspectos fundamentales de la convivencia humana, lo que era fruto del carácter abstracto de su universalismo. Uno de los aspectos primordiales de la universalidad es la capacidad del individuo de menoscabar los intereses particulares a favor del bien común. La tan celebrada consigna de *liberté, égalité, fraternité*, de clara índole ilustrada y universalista, ya fracasó con la propia revolución francesa, y no solo por las aspiraciones utópicas que proclama.

La crítica del autoritarismo y del dogmatismo, tan característico de la Ilustración, se dirige, como vimos, particularmente contra la metafísica y las iglesias; actitud a la que se denomina también secularismo. Ahora bien, esta actitud no implica forzosamente que los ilustrados, por lo menos no todos, fuesen ateos. Hay entre ellos quienes son creyentes y admiten la vida y la práctica religiosas, aunque por lo general con programas religiosos de corte ilustrado, hay quienes se mantienen neutros, otros son ateos abierta y agresivamente antirreligiosos. Es significativo que no se confíe en una religión revelada que lleva consigo la admisión de lo sobrenatural y de la metafísica; el *Génie du christianisme* de Chateaubriand (1802) es una de las muestras de la adhesión al catolicismo dentro de la Ilustración. Lo que se practica a menudo es una especie de eclecticismo muy de acuerdo con los postulados del racionalismo y del ferviente deseo de libertad y autodeterminación. Es decir, los benévolo admiten la existencia de un dios, pero este dios ya no interviene en los asuntos terrestres una vez creado el universo. Es la postura del deísmo; una de sus aspiraciones es idear una teología racional y una religión "natural", lo que equivale a una creencia y un culto por encima de las diversas confesiones, se renuncia, pues, a la revelación, a la tradición y la ortodoxia de las religiones existentes, ante todo las monoteístas.

Una famosa propuesta literaria de la religiosidad típicamente ilustrada se plasma en el drama *Nathan el sabio* de G.E. Lessing (1779) en el que se postula una soberana mezcolanza de elementos religiosos del judaísmo, del islam y del cristianismo. No le falta atractivo a la propuesta de destilar de las tres religiones una creencia generosa, tolerante y humanitaria que borra las diferencias y aparentemente une

Aufklärung

a todos los hombres. Ahora bien, desemboca en la ilusión de que es suficiente ser un hombre bueno, tolerante y comprensivo. La religión se convierte en mera ética porque le falta una fundamentación sólida y sobre todo la fe en la autoridad suprema de un Dios verdadero. El problema es si puede haber una religión “natural”, pues por su propia naturaleza lo religioso implica algún tipo de trascendencia más fuerte.

El propósito de los ilustrados de instituir un hombre nuevo en un mundo nuevo presupone por lo menos un parcial desacuerdo con la cosmovisión y el orden existentes. Para conseguir esta transformación los dos aspectos primordiales y fundamentales por revisar eran los ámbitos del derecho y de la política en cuanto regulativos de la convivencia de los hombres y la coexistencia de los estados. Reflexiones sobre la esencia de la ley como *Ius naturae método científica pertractatum* (1740-1748) de Ch. Wolff o como *L'esprit des lois* de Montesquieu (1748) son significativas para estas aspiraciones. Para salvaguardar la preeminencia de la razón, por un lado, y para conseguir el rechazo de toda autoridad impuesta y todo dogmatismo, por otro, los ilustrados recurrieron —como ya vimos en otras ocasiones— a una normativa fundamentada en la naturaleza, lo que para ellos significa ante todo un pensamiento libre de las imposiciones de la “sobrenaturaleza”.

En este orden de ideas destaca la figura y la obra de Christian Wolff, uno de los fundadores de la Aufklärung en Alemania; su escuela contribuyó notablemente a la difusión de la corriente. Wolff no era un ilustrado beligerante como lo eran Diderot, Voltaire o D'Holbach; lo demuestra con su tratado sobre la *Theologia naturalis* de 1737 que defiende la compatibilidad de fe y razón y admite hasta las pruebas medievales de la existencia de Dios. Resulta significativo para la concepción ilustrada del derecho el título de una obra de Christian Wolff sobre el derecho natural: *Ius naturae método científica pertractatum* de 1744; propugna un derecho natural elaborado con un método racional y científico. Parte de la premisa de que la propia naturaleza del hombre se encarga de mejorarlo y orientarlo en sus actuaciones. Wolff es considerado fundador de la jurisprudencia conceptual. Algunos años

más tarde, en 1750, amplía los estudios dedicados al derecho internacional en las *Institutiones juris naturae et gentium*. Se aleja notablemente de la sentencia pesimista de Hobbes que califica la naturaleza del hombre con la fórmula de Plauto *homo homini lupus* y se sitúa mucho más cerca de la caracterización kantiana plasmada en el escrito *Ideas de una historia universal con intenciones cosmopolititas* de 1784 en el que describe la convivencia entre los hombres como “*ungesellige Geselligkeit*” como insociable sociabilidad, un oxímoron muy típico del lenguaje de Kant: los hombres no pueden aguantarse y, sin embargo, no pueden desistir de relacionarse el uno con el otro. En otros términos, somos irremediablemente sociales. Es más, el progreso en la historia se produce precisamente a través de esta tensión entre el yo y los otros y sus respectivas libertades.

Uno de los precursores de la reflexión política ilustrada es sin duda Thomas Hobbes. Su *Leviathan* (1651) se considera el inicio de los estudios de filosofía política moderna y se desarrolla como una reflexión sobre la naturaleza humana y su organización política y social. La época de Hobbes se caracteriza por la controversia entre monárquicos y parlamentarios, entre defensores del absolutismo y de la democracia. En el centro del pensamiento político de Hobbes se sitúa la cuestión del poder que para él es imprescindible si se parte de la premisa de que para el hombre solo existen dos opciones: dar rienda suelta a los impulsos espontáneos y egoístas o sujetarse a unas normas de convivencia consensuadas entre todos. El concepto de naturaleza adquiere en el *Leviathan* facetas de un estado salvaje que solo es remediable cuando los miembros de una sociedad se proponen expresamente convivir pacíficamente. Por ello, la paz es un concepto mimado por el pensador inglés; le atribuye el rango de una de las máximas aspiraciones del hombre. Y como el deseo más entrañable del hombre es conseguir y mantener la paz para la que, según Hobbes, solo hay una alternativa, la guerra de todos contra todos, la solución es la institución de un poder que regula la vida en la sociedad. La fórmula que propone para reglamentar el comportamiento humano recuerda el famoso imperativo categórico kantiano y reza “*Whatsoever you require that others should do to you, that do ye to them*” (*Leviathan*). La norma es conocida como la Regla de Oro y se basa en antecedentes bíblicos.

Aufklärung

El compatriota de Hobbes, John Locke, defiende unas ideas políticas muy afines en sus *Carta sobre la tolerancia* (1689) y los *Tratados sobre el gobierno civil* (1689). Se considera padre del liberalismo y defiende la soberanía del pueblo, gobernado por el rey y el parlamento. Introduce ya la separación del poder legislativo y ejecutivo; falta todavía el poder judicial que propondrá posteriormente Montesquieu. Locke no aboga por un poder absoluto y arbitrario, pues por encima del soberano y del parlamento se sitúan los derechos humanos como parámetro de gobierno. El objetivo al que debe aspirar el hombre es la convivencia pacífica sometida a las leyes naturales que suministra la razón. Sin embargo, la libertad de los individuos no es ilimitada sino sometida a las normas de un contrato social. La autoridad del estado se mantiene si este vigila y asegura la observancia de los derechos naturales.

No había pasado inadvertido a los ilustrados que con estas premisas el pensamiento político tiende a convertirse en mero cálculo, que en estas condiciones hacer política es únicamente procurar preservar el poder, observar las circunstancias y calcular las posibilidades de mantenerlo. La consecuencia inevitable de esta actitud es que se corre el peligro de perder de vista el objetivo supremo del gobernante: la aspiración a la convivencia armónica y el bienestar común. De no respetarla la máxima pretensión solo es mantener el equilibrio de poderes como se observa también en la política actual. Han desaparecido del vocabulario político los conceptos de virtud y solidaridad para sustituirlos por los de interés y poder. Es grande el riesgo de que en estas condiciones el hombre experimente dolorosamente la pérdida de confianza en la política y los políticos tan necesaria para una convivencia pacífica y serena.

Sin embargo, el hecho de que la Aufklärung no ha permanecido incontestada se expresa por ejemplo en un escrito del siglo pasado, más exactamente procedente de la inmediata posguerra. Se puede interpretar como una especie de ajuste de cuentas con la Aufklärung. *Dialektik der Aufklärung* de T.W. Adorno y M. Horkheimer, publicado por primera vez en 1944 y posteriormente en 1947. Los *Fragmentos filosóficos* —así el subtítulo— se escriben con los ojos puestos en la

Segunda Guerra Mundial con todas sus atrocidades y devastaciones. Los autores se preguntan: ¿por qué a pesar de la presencia y la actuación de la Aufklärung la humanidad en vez de haber alcanzado un estado auténticamente humano ha recaído en totalitarismos y un nuevo tipo de barbarie? Decididamente, no era esta la intención de los ilustrados: pero su fallo era haber pactado con el poder. Un pacto que, según los autores, ya se vislumbra en la mitología y lo intentan demostrar al comentar la *Odisea*; para ellos constituye una especie de inicio de la dependencia de la Aufklärung, de su inevitable servidumbre frente al poder y con ello su propensión al totalitarismo y al fascismo. Este rebuscado enredo de mito e Ilustración, de Aufklärung y poder, es tal vez comprensible considerando la época en la que se escribieron los artículos; con todo es precisamente el aspecto más criticado de la interpretación de los padres de la Teoría Crítica de la Escuela de Frankfurt.

Volvamos a la pregunta inicial: ¿Vivimos actualmente una segunda Aufklärung o acaso no ha terminado ni siquiera de ser vigente y de desplegarse la primera? Parece que a pesar del pluralismo hoy tan en boga la dispersión no ha sido suficientemente grande como para eliminar u olvidar los postulados originarios de la Aufklärung. Siguen vigentes y siguen cumpliéndose como quedó apuntado al tratar lo que llamo los denominadores comunes del movimiento. La razón sigue ocupando un puesto destacado en el pensamiento contemporáneo relativista acompañada de un criticismo a ultranza y el cultivo de las controversias; la libertad y el rechazo de cualquier tipo de autoridad sigue siendo una de las máximas aspiraciones en todos los ámbitos de la vida intelectual y cotidiana de nuestro tiempo; el universalismo no solamente se cultiva en círculos intelectuales sino que ha conquistado terrenos inesperados en el mundo mercantil donde ya no se conocen límites ni geográficos ni éticos. Se ha apoderado del ámbito informático y digital en el que son ilimitadas las posibilidades de difundir universalmente informaciones generales y noticias provenientes del último rincón de la tierra; el secularismo casi se ha convertido en imposición; la omnipresencia de las ciencias, la fe incondicional en sus investigaciones y en el progreso imparable se consideran artículo de fe; no han cesado los a veces desconcertantes ambiciones y experimentos didácticos y pedagógicos y el proselitismo multiforme; son cada vez más intensos los afanes enciclopédicos, el museísmo, la pululación de

Aufklärung

revistas. La política camina por derroteros ilustrados teniendo como objetivo preferido la adquisición y conservación del poder; priva el bien del partido o el del individuo, con olvido del bien común. Cada una de las facetas enumeradas tiene evidentemente también un lado positivo y ha aportado resultados positivos en los últimos tres siglos. Pero el pluralismo solo no constituye una unidad, es una etiqueta engañosa para designar el mero acopio arbitrario de diversidades.

Aquí termina esta exposición, no sin decir antes que, por ajeno que parezcan muchas de las cuestiones tratadas al fenómeno literario, se trata de una episteme cuyo influjo, también en este ámbito, no se puede ignorar.

BIBLIOGRAFÍA

- Adorno, T.W. y Horkheimer, M., *Dialektik der Aufklärung*, Frankfurt/Main, Fischer, 1969. Trad. esp. *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Trotta, 1994.
- Baumgarten, A.G., *Ästhetik*, (1750 y 1758); *latín-alemán*, traducido con una introducción, notas y registros por Dagmar Mirbach. 2 tomos, Meiner, Hamburg, 2007.
- Brugger, W., "Aufklärung", *Philosophisches Wörterbuch*, W. Brugger, ed., Freiburg, Herder, 1967, 30-31.
- Dierse, U., "Liberalismus", *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1980, vol. 5, 256-259.
- Domínguez Michael, Ch., "Lo barroco, de Eugenio D'Ors", <http://www.letraslibres.com/revista/libros/lo-barroco-de-eugenio-d-ors>.
- Greiner, M., "Aufklärung", *Reallexikon der deutschen Literaturgeschichte*, W. Kohlschmidt y W. Mohr, eds., vol. I, Berlin, De Gruyter, 1958, 117-125.

Kurt Spang

- Heidegger, M., *Gelassenheit*, Pfullingen, Neske, 1969. Trad. esp. *Serenidad*, Madrid, Barcelona, Serval, 1989.
- Jacob, J., "Literaturtheorien der Aufklärung", *Metzler Lexikon der Literatur- und Kulturtheorie*, A, Nünning, ed., Stuttgart, Weimar, Metzler, 2001, 30-32.
- Kant, I., "Was ist Aufklärung?", *Berlinische Monatsschrift* diciembre de 1783.
- Kant, I., *Idee zu einer allgemeinen Geschichte in weltbürgerlicher Absicht*, 1784. Trad. esp. *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita y otros escritos sobre Filosofía de la Historia*, Edición y estudio preliminar de R. Rodríguez Aramayo, Madrid, Tecnos, 1987.
- Postman, N., *Die zweite Aufklärung*, Berlin, Berlin Verlag, 1999.
- Schalk, F., "Aufklärung", *Historisches Wörterbuch der Philosophie*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1971, vol. I, 620-633.
- Todorov, T., *L'esprit des Lumières*, Paris, Laffont, 2006.

Kurt SPANG

Universidad de Navarra